

sar día sin rezarle, por lo menos tres Ave-Marías y le despidió.

Pensativo quedó Andrés con las palabras de don Sebastián, que le recordaban lo que de niño aprendiera, y de hombre olvidara. Recordó los felices años de su niñez, cuando cándido, inocente, crecía bajo los auspicios de aquellos buenos Religiosos, que tanto se desvelaban, no sólo por su aprovechamiento en las ciencias, sino por plantar en su entonces tierno corazón todas las virtudes; los tiempos venturosos, en que cual blanca azucena, que en vergel cerrado eleva al sol su corola, así él suspiraba y únicamente anhelaba los bienes celestiales; el día memorable de su primera Comunión, en que tomándo por Madre a la Madre del Amor Hermoso, se consagró enteramente al buen Jesús, que en su pecho se hospedaba, prometiéndole ser fiel hasta la muerte. Comparó aquellos tiempos con lo que ahora le rodeaba; los purísimos goces de aquella edad dichosa con los envenenados, que el mundo le ofrecía, y sintió asco y repugnancia, por la vida mundana, que hacía poco le tenía cautivo; sintió deseos de romper las cadenas que sujetaban a la tierra un alma creada para más altos destinos.

De su ensimismamiento vino a sacarle una voz de niño, que desde el coro cantaba:

Mi corazón a todos os convida;
Seguid la senda, que yo tracé y seguí.
Soy el Camino, la Verdad y la Vida;
Venid a Mí; venid a Mí.

— ¡Soy un miserable ciego y loco, que apartándome de Cristo, me he sumido en el lodazal de la más ignominiosa deshonra! decía el pobre Andrés con lágrimas en los ojos. He aquí que vengo a ejercer los oficios más repugnantes; pues no soy otra cosa que un vil timador, que para alimentar sus vicios no retrocede ante el sacrilegio. ¡No es posible que haya perdón para mí!

La dulce voz del niño torció a cantar.